

Clivajes
Revista de Ciencias Sociales

Clivajes. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 2395-9495

<http://revistas.uv.mx/index.php/Clivajes/article/view/2394/4304>

IIH-S, UV, México

Gualberto Díaz González y Manuel Hernández Pérez

TERRITORIO, NEOEXTRACTIVISMO Y MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA

ENTREVISTA A MARISTELLA SVAMPA

Clivajes. Revista de Ciencias Sociales. Año IV, número 7, enero-junio, 2017, pp. 193-201.

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

Universidad Veracruzana. México

Disponible en <http://revistas.uv.mx/index.php/Clivajes/article/view/2394/4304>

Recibido: 23-10-2016

Aceptado: 05-11-2016

Publicado: 01-01-2017

TERRITORIO, NEOEXTRACTIVISMO
Y MOVIMIENTOS SOCIALES
EN AMÉRICA LATINA

ENTREVISTA A MARISTELLA SVAMPA

Gualberto Díaz González* y Manuel
Hernández Pérez**

Del 29 de noviembre al 4 de diciembre de 2015, Costa Rica fue sede del XXX Congreso Latinoamericano de Sociología (ALAS), teniendo como ejes articuladores el combate a la pobreza y la desigualdad, los movimientos sociales en gobiernos progresistas, así como las “acciones colectivas” contra el “Estado de derecho que pretende inmovilizar las luchas por los derechos”. En ese marco, el jueves 3 diciembre, en la Universidad Técnica Nacional, ubicada en la provincia de Alajuela, Maristella Svampa impartió una conferencia magistral titulada “Neoextractivismo, gobiernos y democracias en América Latina”, al término de la cual conversamos con ella.

Svampa es licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de

* Docente en la Facultad de Sociología de la Universidad Veracruzana; Doctorante en Historia y Estudios Regionales, IIH-S, UV, México.

** Docente en la Facultad de Sociología (SEA) de la Universidad Veracruzana, campus Córdoba Orizaba. Doctor en Historia y Estudios Regionales, IIH-S, UV, México.

Córdoba, Argentina, y doctora en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHES) de París; es investigadora principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), profesora titular de la Universidad Nacional de La Plata y miembro del colectivo de intelectuales *Plataforma 2012*.

Los estudios de Svampa sobre la globalización neoliberal y las reformas estructurales en la región, durante los últimos 15 años, evidencian cómo las desigualdades preexistentes han provocado nuevas brechas políticas, económicas y culturales. La autora describe un escenario que se caracteriza por la asimetría de fuerzas, la fragmentación y la pérdida de poder en sectores populares y amplias franjas de las clases medias, además de la concentración económica por parte de las élites de poder internacionales.

Para Svampa, el territorio se vuelve resistencia y resignificación, espacio de donde emergen nuevas relaciones sociales provistas de auto-organización comunitaria —un rasgo constitutivo de los movimientos sociales en América Latina durante el mencionado periodo— o acción directa no convencional y disruptiva como herramienta de lucha. La filósofa llama a poner atención a la política

institucional, como una democracia de tipo delegativa y decisionista, y afirma que la acción colectiva no institucional se ha encaminado al desarrollo de formas de democracia directa, como la demanda de autonomía que atraviesa desde los pequeños colectivos culturales, hasta las grandes estructuras territoriales u organizaciones de masas en busca de una salida al modelo neoliberal, potenciando la participación popular en un nuevo espacio democrático.

En esta transición —señala Svampa— se entrecruzan y colisionan dos tendencias; una ruptura con el modelo neoliberal (con sus complejidades y matices nacionales) y la reconstrucción de una gobernabilidad neoliberal, a través de esquemas de disciplinamiento como criminalizar las luchas o la doctrina de seguridad ciudadana, lógicas de un modelo extractivo—exportador con marcos legales supranacionales que apuntan a la militarización del continente, minando la libertad de manifestación frente a la conculcación de derechos; o judicializar los conflictos, encarcelar y procesar a dirigentes sociales y sindicales, ahí donde el estado de seguridad-penal también criminaliza la pobreza.

Para Svampa la prioridad de la sociología latinoamericana debería ser la descripción de los procesos de

descomposición social. Desde la década de 1980 se habla de la decadencia y de la descomposición del modelo nacional-popular y de la desaparición del sujeto popular, si bien en las décadas de 1960 y 1970 la profesionalización de las ciencias sociales constituyó una respuesta a la sobre-ideologización del campo académico en países donde la inversión del Estado ha contribuido a alimentar la autonomía intelectual de los universitarios y las posturas críticas no están ligadas necesariamente a un compromiso militante.

— *¿Cómo entenderíamos el cambio de época?*

Ese cambio tiene un punto de inflexión en el año 2000, en Cochabamba, Bolivia, y luego se reflejará en otras luchas y en otros países de la región. Ese cambio de época habla de la posibilidad de pensar la relación entre economía, sociedad y política de modo diferente a la época anterior, cuestionando al neoliberalismo. Así que de alguna manera es el fin o el cuestionamiento al Consenso de Washington. La nueva época que emerge a partir del año 2000, con la desnaturalización del neoliberalismo y con la emergencia de una nueva narrativa latinoamericanista, algo que no teníamos desde hace mucho tiempo

y que de manera ejemplar también va a ilustrar los gobiernos emergentes al estilo del gobierno chavista en Venezuela, el caso de Lula Da Silva en Brasil y más tardíamente con los casos de Rafael Correa en Ecuador y Evo Morales en Bolivia.

Sin embargo, este contexto de apertura se da en un momento muy especial, y es que en el año 2003 se inicia lo que los especialistas han denominado “El súper ciclo de los *commodities*”, el *boom* en el precio al alza no sólo de los minerales y de los metales, sino también de los hidrocarburos, y por supuesto también de la soya y otros productos ligados al modelo de agronegocios. Por un lado, asistimos a un periodo de apertura que nos habla de la expansión de la frontera de derechos sociales, colectivos, ambientales, pero, por otro, asistimos a la expansión de la frontera de capital hacia territorios antes considerados como improductivos. No es que América Latina hubiese sido explotada de sus bienes primarios o no estuviese ubicada la geografía de la extracción, porque en los últimos quince años se ha intensificado la extracción de *commodities* orientados a la exportación y caracterizados a gran escala. Una hipótesis que lanzamos en ese momento fue que la apertura de un nuevo ciclo democrático y la expansión de la

frontera del capital no iban juntas, y que a mediano plazo se iba a expresar en una fuerte contradicción en la dinámica recursiva de las luchas.

— *Sobre los modelos de desarrollo que se han implementado en América Latina...*

Para aquellos que indagamos sobre la historia del pensamiento social y político latinoamericano, el concepto de desarrollo es un concepto fundador del pensamiento latinoamericano, un faro que ha iluminado inclusive la política de numerosos regímenes en el continente.

Sabemos que en América Latina se expandió, hacia los años cincuenta y sesenta, una concepción productivista del desarrollo, asociada al crecimiento indefinido, pero también a la posibilidad o no de un desarrollo nacional autónomo o de un desarrollo continental autónomo. A partir de los años setenta, hubo cuestionamientos a esta noción convencional del desarrollo que vino de la mano no sólo de los pueblos originarios, sino sobre de la narrativa ambientalista que recién comenzaba a expandirse en el continente.

Hacia los años noventa, con el neoliberalismo, la noción de desarrollo como relato estructurador de fuertes narrativas del continente desapareció;

no sólo aquí, sino también en otras latitudes, se dejó de hablar de grandes modelos de desarrollo. Sin embargo, hacia el año 2000, la noción de desarrollo como metarrelato vuelve a estar en el centro de la agenda y es retomada por gran parte de los gobiernos latinoamericanos en su sentido más convencional o hegemónico, en un sentido productivista.

Si vemos lo que ha sucedido en los últimos quince años en relación a los debates sobre el desarrollo, podemos detectar tres posiciones diferentes, algunas de ellas con puentes comunicantes entre sí. Hay una idea de desarrollo hegemónica de la cual se nutren tanto la perspectiva neoliberal como la perspectiva neodesarrollista, y por otro lado existe una perspectiva posdesarrollista y crítica que se nutre de diferentes aportes disciplinarios que cuestionan la visión hegemónica del desarrollo, y que tiene diferentes ejes; no sólo tiene un marco productivista (entiende a los bienes naturales como *commodities*, productos primarios cuyo valor es fijado en el mercado internacional y con escaso valor agregado y orientados a la exportación). Algunos de ellos van a añadir a la noción de recurso natural estratégico, por ejemplo, del neodesarrollismo progresista, a partir de la importancia

que adquiere el Estado en el rol regulador, la posibilidad de captar una renta referencial; eso va a hacer que su concepción de los bienes naturales se coloque en una suerte de situación ambivalente entre aquellos que consideran los bienes naturales como *commodities* y aquellos que los consideran como recurso natural estratégico.

Es la noción de sustentabilidad débil la que recorre tanto el discurso neodesarrollista como el neoliberal, que se ha nutrido de la narrativa ecologista, pero ha variado de contenido: la ha “bastardeado”. Sabemos que la noción de desarrollo sustentable ha sido problematizada y ha sido un concepto en disputa del cual se han apropiado los grandes actores globales (empresarios), pero también gobernantes en turno, contra la visión fuerte de sustentabilidad que van a subrayar movimientos sociales, investigadores críticos. Contra ellos se va a afianzar una idea de sustentabilidad débil que, en función de una narrativa vaciada de sentido pero sumamente eficaz, van a vehicular gobiernos y empresas en diferentes países del continente.

También la noción de responsabilidad social empresarial y la de gobernanza recorren el discurso hegemónico sobre el desarrollo, además de alimentar esta idea de sustentabilidad

débil, porque detrás de ella lo que hay es el reconocimiento de que los grandes actores globales son los protagonistas de los cambios que se dan en los últimos tiempos en nuestras sociedades. Y tanto la visión neoliberal como la visión neodesarrollista han reconocido el rol periférico de nuestras economías y han definido también un rol adaptativo a partir del reconocimiento del protagonismo de las grandes empresas.

Hay una crítica que podemos denominar posdesarrollista, siguiendo a Escobar, que en los años noventa hizo una deconstrucción de la noción de desarrollo como discurso de poder, y se ocupa de nuevas dimensiones y nuevos sentidos a partir de la conflictividad que se da en los últimos quince años de la lógica extractiva. En ese sentido, las palabras del mexicano Enrique Leff hablan del proceso de ambientalización de las luchas sociales, que tendrá como protagonista no sólo a los pueblos originarios, sino a una serie de comunidades afectadas por los grandes proyectos extractivos.

Este diagnóstico subraya la conflictividad asociada a la expansión de la frontera del capital, crítica que conocemos como la del neoextractivismo o extractivismo y que es retomada por gran parte del pensamiento crítico en la región, pero también es una categoría nativa y es utilizada por los propios

movimientos y organizaciones sociales para dar cuenta, ya sea de “neo” o “extractivismo” a secas o para englobar a diferentes actividades la neo-minería a cielo abierto o la explotación de hidrocarburos convencionales y no convencionales, y el modelo de agronegocios en sus diferentes figuras; las megarepresas que están al servicio del modelo extractivo; la expansión de la frontera energética forestal, todas actividades ligadas al extractivismo a gran escala y por ser productos primarios sin valor agregado, en manos de grandes empresas. Se caracteriza también por una dinámica de enclave o de dinámica de desplazamiento, según sea el modelo extractivo al cual hagamos referencia. Implica el acaparamiento de tierras o una utilización intensiva del territorio, lo que genéricamente se denomina extractivismo o neoextractivismo.

Hay otros conceptos como el de maldesarrollo, que nació en América Latina, acuñado por Celso Furtado, el célebre economista brasileño, crítico de la CEPAL, que señala los problemas estructurales que no sólo estaban en la base económica, sino en la base social y que hacen la dilapidación de recursos y la reproducción de modelos de injusticia y de desigualdad social en nuestras sociedades. La noción misma de maldesarrollo apunta a señalar el

carácter insustentable, desde distintas dimensiones, de estos modelos o proyectos extractivos que hoy avanzan de manera vertiginosa en toda América Latina, este carácter insustentable que señala la inadecuación o el desacoplamiento entre desarrollo y equidad y entre desarrollo y sustentabilidad.

– *En este contexto, ¿cómo entenderíamos las luchas por el territorio?*

La noción de territorio la encontramos cada vez más en el lenguaje de las organizaciones y movimientos sociales, y alude a la radicalización de una situación de injusticia ambiental (como sufrir pasivos ambientales), también al hecho que hoy en América Latina lo que vivimos es una situación de desvalorización de otros lenguajes acerca del territorio, de otras posibilidades, de otras economías, de otros modelos productivos, con lo cual encontramos un fuerte desplazamiento de formas de producción y vías diferentes al discurso dominante o al de la economía dominante. No sólo los territorios aparecen como vaciables, y en última instancia como sacrificables, también las poblaciones que se encuentran en él son sacrificables.

La noción de extractivismo me parece importante, porque es una

ventana para leer problemáticas globales y tener una lectura sobre las consecuencias que tiene el cambio climático.

– *¿Cuáles serían los retos de las ciencias sociales para analizar y comprender estos procesos?*

Yo creo que hay un primer reto de índole epistemológico y disciplinario, porque no sólo nos enfrentamos a un problema complejo del cual no es posible hacer sólo una lectura para abordar los megaproyectos, o lo que genéricamente hemos denominado neotactivismo en América Latina. Se necesita sumar enfoques disciplinarios y saberes diferentes, como la geografía crítica, la ecología política, la economía o la historia ambiental, la sociología de los movimientos sociales desde una perspectiva crítica de la mirada hegemónica sobre el desarrollo. Hacer diálogo entre disciplinas para construir.

La sociología ha hecho aportes a los estudios de los movimientos sociales al retomar la noción de territorio e incorporarlo a la de movimiento socio-territorial. Pero hay que construir saber interdisciplinario y lenguajes-puentes desde una perspectiva crítica haciendo énfasis en las disputas territoriales.

— *Entonces, para el investigador académico de hoy, la disciplina de estar en medio o estar afuera ya no es suficiente ante las realidades tan críticas que enfrentamos como latinoamericanos...*

Hay que decir que el pensamiento Latinoamericano ha visto la problemática desde la dinámica de acumulación del capital o de los nuevos modelos de desarrollo, en función de las luchas sociales del continente, con lo cual el pensamiento crítico no se desvincula de lo que son esas luchas ni del rol protagónico que hoy tienen los movimientos sociales, inclusive en la generación de una nueva gramática política en torno a la relación sociedad y naturaleza, porque son ellos los que están confrontando los territorios contra el discurso hegemónico del desarrollo y construyendo otra racionalidad ambiental.

Como intelectuales o investigadores tenemos que acompañar este proceso, pero también tomar distancia y hacer una propuesta mucho más teórica de ese tipo de problemáticas. Hay algunos pensadores latinoamericanos que consideran que debemos pensar en escenarios de transición y alternativas a los modelos hegemónicos, hoy en día, como una posibilidad no excluyente.

— *La situación en América Latina la marca el declive de las izquierdas o el regreso de la derecha, por lo que para estos movimientos o luchas contra los megaproyectos se torna incierta y complicada.*

Yo creo que hay que decir que los gobiernos progresistas han fomentado y promovido el extractivismo en América Latina. El extractivismo implica una regresión del sistema democrático en tanto y en cuanto se distorsionan dispositivos institucionales que están presentes y que tienen como función dar la voz a los sectores más desfavorecidos. Los nuevos modelos progresistas habían levantado grandes expectativas políticas, como el cambio de época que posibilita pensar diferente las relaciones entre economía y sociedad política. Y lo que vemos ahora es el agotamiento de un ciclo progresista que tiene que ver, desde mi perspectiva, con que las expectativas políticas se han convertido en populismos de alta intensidad, muy centrados en el liderazgo personalista de los líderes, que desconfía de la potencialidad autónoma de las masas.

La mayor parte de los gobiernos hicieron caso omiso a las resistencias sociales que se fueron erigiendo en los distintos territorios, pero también a las críticas que desde la investigación científica e independiente se hacen

sobre las consecuencias sociosanitarias ambientales, pero también culturales y políticas que vienen engendrando los megaproyectos o modelos extractivos.

Desde mi perspectiva, el consenso de los *commodities* habla del ingreso a una nueva época. No hace alusión solamente a un orden económico, sino que también nos inserta de manera más clara por un orden político ideológico diferente, porque precisamente lo que hay es un discurso, de la mano de progresistas o neoliberales, de suturar la discusión acerca de las alternativas o los modelos alternativos en nombre de la dinámica irresistible del extractivismo. Dicho de otro modo, lo que se hace es decir que hay la suerte de un único camino de discurso único; en este caso, sería el extractivismo con sus funciones diferentes y que no habría alternativa posible al mismo, con lo cual las resistencias quedan de lado de los “fundamentalismos” o son calificadas como irracionales o inviables.

Para el caso Argentino, por ejemplo, pienso que va haber continuidad y profundización del modelo extractivo. Pero ese fue un punto ciego de los gobiernos progresistas, que sin hablar de socialismo se profundizó la explotación de los hidrocarburos no convencionales, a través de la fractura hidráulica y el modelo de agronegocio como monocultivo, con lo cual, lejos de

demonizar a la derecha, que siempre he criticado, lo que sucede que estos gobierno de derecha pueden dar continuidad a lo que ya realizaron los gobiernos de izquierda o pro extractivistas, pero con un discurso o una narrativa diferente.

— *¿Y el escenario mexicano?*

En México, yo he visto que hay un avance de las resistencias contra las presas y a favor de la agricultura orgánica y contra los transgénicos y contra la megaminería y el fracking, que está en la agenda del actual gobierno mexicano luego de la reforma energética. En otros países de América Latina, de la mano de gobiernos progresistas, se ha venido realizando una política social más inclusiva, pero el caso mexicano arrastra otros problemas, como la brecha del narcotráfico. Más allá de las diferencias que puedan existir entre gobiernos neoliberales y gobiernos progresistas o de izquierda, el extractivismo los cruza a ambos y tiende puentes entre ellos porque poseen un mismo discurso o una concepción hegemónica del desarrollo, basada en una visión productivista de los bienes naturales como *commodities*, la noción de acción social empresarial que otorga un rol relevante a las empresas y tiene una visión de “sustentabilidad” absolutamente débil.